

GONZALÍN, GONZALÍN

I

De sus padres recibe la educación y la timidez, como el que hereda una maldición gitana. No hay peor condena que esas dos cualidades combinadas. En la sobremesa de la comida de año nuevo le pregunta a su primo Chema cómo le va en la universidad, estudia ingeniería industrial, a lo que le sigue un monólogo ininterrumpido de veinticinco minutos sobre lo compleja que es la mecánica de fluidos. Una chapa que Gonzalín, posiblemente el mayor desinteresado del planeta en el campo de la ingeniería, jamás soñó con recibir.

Y el Gonza asiente y sonríe, cortés, incapaz de interrumpir o escaquearse. A veces hasta se atreve a hacer pequeñas aportaciones: monosílabos, preguntas de relleno, muecas de interés. Llegado cierto punto se rinde y deja de prestar atención al discurso del primo para centrarse en la inquietante asimetría de su cara: ¿cómo puede ser tan distinta una ceja de la otra? ¿nació así? ¿serán fruto de la mala praxis de un centro de estética? ¿pidió la hoja de reclamaciones o acaso quedó contento con el resultado? Pudo ser algo buscado, quién sabe. Al fin y al cabo, no conoce demasiado a su primo.

Cuando llega a casa, mientras le destroza la cabeza con un mazo al monstruo final del *Ultimate Monster Invasion III*, le viene a la cabeza aquello de la Mecánica de Fluidos. Y piensa que el único fluido que a él le interesa de verdad es la saliva que compartiría muy amablemente con Paulita, la de la fila de delante en Sociales. Pero claro, ella es lesbiana, así que Gonzalín no tiene nada que hacer. Se centra de nuevo en reventarle la cabeza al monstruo del videojuego. Su personaje lleva acumulando energía en el mazo durante un buen rato, presiona los comandos precisos y consigue asestarle el ataque especial en todo el pecho a la criatura. Lo ha golpeado con tanta violencia que de su cuerpo empieza a brotar sangre como si del nacimiento de un río se tratara. Tantísima sangre le recuerda otra vez a la “conversación” con su primo, a los fluidos, a la saliva y a Paulita, sobre todo a Paulita. Piensa en dejarse el pelo largo, «igual así consigo gustarle», se convence.

II

Contra todo pronóstico logra dejarse el pelo realmente largo, tanto que sus hermanitas dedican sus tardes a hacerle unos *kikis* vergonzantes. Esa melenaza no es demasiado agradable a la vista, su pelo no es ni lacio ni rizado, es una cosa intermedia con excesivo volumen que da un poco de repelús.

El verano de ese mismo año acude en la segunda quincena de agosto a un campamento de verano plagado de niños igual de asquerosos que él. Hormonadísimos todos. Harán todo tipo de actividades lúdicas ridículas para matar el tiempo, aunque analizado con objetividad, mejor eso que matarse a pajas en casa. Hoy toca taller de nudos, —ni que fuera esto la marina—piensa Gonzalito. Aún así se pone a ello con diligencia castrense. De vez en cuando se despista por mirar de reojo a la niña que se ha sentado enfrente de él y no deja de hacer ruiditos por debajo de la mesa. Tiene el flequillo más perfecto de la historia de los flequillos, la línea recta más recta de la historia de las líneas rectas. La monitora les enseña a hacer el nudo *As de guía* utilizando para ello un breve cuento de una serpiente y un lago, historia que a Gonzalo le parece una clarísima alegoría sexual. Desde aquel verano y en adelante a Gon cualquier movida le parecerá tener evidentes referencias sexuales ocultas.

(Junto a un árbol había un lago, del lago salió una serpiente, que dio la vuelta al árbol y volvió a sumergirse en el lago)

—Tchss, tchsssssss —le chista la niña del flequillo impecable—. ¿Sabes que yo sé hacer nudos con la lengua? Mira.

La niña saca una cereza del bolsillo, quién sabe por qué y para qué la guardaba, arranca el rabito, se la come y escupe el hueso. Se introduce a continuación el tallo en la boca, y tras unos hipnóticos movimientos de lengua procede a sacarlo de su boca con un perfecto nudo hecho en el medio. Le regala el nudo a Gonza, que lo llevará como amuleto en su bolsillo hasta el final del campamento. Por las noches en la tienda de campaña alumbra tímidamente con la linterna para mirarlo y recordar la escena una y otra vez hasta quedarse dormido. Esa misma niña le acaba pegando piojos, a él y a medio campamento, lo que provoca que con el regreso a casa se tenga que cortar el melenón que con mimo se había dejado crecer para sorprender a Paulita al volver de vacaciones. Su madre le pasa la maquinilla sin piedad hasta dejarlo calvo. Con cada mechón cae una lágrima.

Vuelve al cole ocultando su rapado al cero bajo un gorro negro de *Garfield*. De nada sirve cuando a primera hora en Educación Física le obligan a quitárselo. Se muere de vergüenza ante las miradas alucinadas de todos. Contra todo pronóstico a Paulita parece encantarle su nuevo *look*. «¡Qué mono! Pareces un militar de esos de las pelis de guerras», y le da un beso en la calva.